

SUBSECCIÓN SEGUNDA

El contenido de la plenitud vital divina

§ 77

Dios vivo considerado como vida del espíritu subsistente y personal

1. Hemos tratado hasta ahora de conocer la estructura del ser divino absolutamente perfecto y trinitario. En lo que concierne al contenido de su perfección, conviene observar que éste consiste principalmente en el hecho de que Dios es espíritu vivo o vida espiritual.

2. *Dios vive* (dogma). *Vaticanum*, S. 3, cap. 1; D. 1.782.

a) Dios se manifiesta como ser vivo en la Creación y en la Revelación sobrenatural, especialmente mediante la Encarnación de su Hijo, en el cual Dios entra como sujeto activo en la Historia humana.

La Escritura afirma expresamente que es un ser vivo; más aún: la plenitud de la vida, vida primordial y subsistente, fuente de la vida. El Dios vivo habla con voz alta y perceptible en el fuego y en las nubes que anuncian la tormenta (*Deut.* 5, 23). Los asirios y los filisteos son castigados por haber tenido la osadía de ofender al Dios vivo (*I Sam.* 17, 26-36; *IV Reg.* 19, 4-16; *Is.* 37, 4-17). Podemos experimentar su vitalidad en la fuerza bélica y en las victorias que Él reparte (*II Sam.* 22, 47; *Ps.* 16, 47). Se manifiesta en la ayuda que presta a los necesitados. Confiando en ella, podemos dirigir nuestras peticiones al Dios vivo, del cual están sedientos nuestros corazones (*Ps.* 42, 3; 84, 3). San Pedro confiesa que Cristo es el Hijo del Dios vivo (*Mt.* 16, 16). En nombre del Dios vivo se exige de Cristo que diga si es el Hijo de Dios (*Mt.* 26, 63). Cuando los habitantes de Listra quieren ofrecer sacrificios a Pablo y Barnabás, éstos les dicen que deben abandonar a los dioses vanos, confesando al Dios vivo. Como anuncia San Pablo, ha mostrado su vitalidad creando el cielo, la tierra, el mar y todo lo

que hay en ellos, dando testimonio de sí mismo en la Historia al otorgar al hombre lluvia y tiempos fecundos, alimento y alegría (*Act.* 14, 15). De los justificados se dice que son hijos de Dios (*Rom.* 9, 26).

b) Dios ha creado también la vida humana. Esta se conserva en la decisión en favor de Dios y en la unión con Él. La pierde el que se decide contra Dios. La muerte es una alusión al hecho de que el hombre vive apartado de Dios (*Gén.* 2, 7; 2, 17; 3, 19). Dios exclusivamente es el Señor de la vida y de la muerte (*Deut.* 32, 39 y sigs.; *Lc.* 12, 20; *II Cor.* 1, 9; *Iac.* 4, 15), lo mismo que es también juez de los vivos y muertos (*I Pet.* 4, 5; se dice lo mismo de Cristo en *Act.* 10, 42; *II Tim.* 4, 1). Puede resucitar a los muertos y comunicar la vida; también el Hijo da vida a quien quiere (*Io.* 5, 21; *Rom.* 4, 17). Un testimonio impresionante de la fuerza divina creadora de vida es *Ez.* 37, 1-10.

El espíritu de Dios es un espíritu dispensador de vida (*I Cor.* 15, 45; *Io.* 6, 63). Sin Dios no hay vida alguna (*Iob.* 34, 14 y siguientes; *I Tim.* 6, 13). Cuando oculta su semblante, el espanto se apodera del hombre; cuando retira su aliento, los hombres sucumben y se convierten en polvo (*Ps.* 104, 29). Porque Dios es el dispensador de la vida (*Ps.* 36, 11). Pero a pesar de que la vida humana esté a la disposición del Dios trascendente, podemos estar seguros de que Dios no quiere la muerte, sino la vida (*Ez.* 18, 23-32).

c) La vida humana se halla siempre amenazada por peligros, hay que conservarla con alimentos, no es más que una muerte retardada; la vida de Dios es primordial e indestructible (*Deut.* 8, 3; *Io.* 5, 26; *Lc.* 12, 15). La vida de Dios es eterna e inmortal (*Apoc.* 4, 9 y sigs.: 10, 6; 15, 7; *I Tim.* 6, 16). Dios es la vida, vida eterna e infinitamente perfecta (*Io.* 5, 26; *Act.* 14, 15; *Io.* 5, 20). La vida de Dios no es un ciego y oscuro instinto o impulso, no es un río desbordado, sino claridad, luz y amor. En Dios son cosas idénticas la vida, la luz y el amor (*I Io.* 1, 5; 4, 15; *Io.* 1, 4).

d) Cristo manifiesta la vida divina (*II Tim.* 10). Tiene la vida en sí mismo, lo mismo que el Padre (*Io.* 5, 25 6, 27; *I Io.*

1 y sigs.; 5, 11-20). Éste ha concedido al Hijo que tenga la vida en sí mismo. Por eso, el Hijo es vida, verdad y camino (*Io.* 14, 6). La muerte corporal no destruye en Él la vida divina. Su resurrección pone de manifiesto que su vida divina es inexhaustible. Es el fundamento de nuestra esperanza en una vida eterna. Cristo ha venido al mundo para que poseamos la vida, para que la poseamos con plenitud. El Espíritu Santo la infundirá a los fieles cuando Cristo haya ascendido a los cielos (*Io.* 16, 14; *Theologisches Wörterbuch zum Neue Testament* (Kittel), II, 833 y siguientes). (Véase la Cristología y los Tratados sobre la Gracia y la Muerte.)

3. La vida de Dios es *distinta* de la vida creada. No es solamente mas intensa, poderosa y larga, sino intrínsecamente distinta.

Grosche (en *In glaube*, cuad. 12, págs. 3 y sigs.) presenta la siguiente explicación analógica: «La vida es un misterio que nuestro entendimiento no puede comprender. Después de las tentativas de los últimos decenios emprendidas con el fin de elucidar el misterio de la vida, ha sido preciso volver hacia las enseñanzas de Santo Tomás. Según él, no podemos decir cuál es el núcleo de la vida y en qué consiste la esencia de ésta; sólo conocemos sus manifestaciones. Decimos que hay vida allí donde una cosa no obra impulsada por fuerzas exteriores, donde la actividad proviene de la propia interioridad y vuelve hacia ella, o sea, donde la actividad está al servicio de la autoafirmación y de la evolución propia. La actividad vital es, pues, una actividad inmanente. Además, la vida no es solamente un conjunto de fenómenos; es también una realización de contenidos, una apropiación de valores. Como quiera que es distinta la fuerza de la autonomía vital, existen también distintos grados de autorrealización. La vida es tanto más fuerte cuanto más inmanente es la actividad. La medida de la autoposesión es también medida de la vida. La vida abarca en un arco imponente el reino de las plantas, de los animales y de los hombres. La planta depende totalmente del mundo ambiente, del terreno, del aire. De su interior proviene solamente el modo según el cual se asimila los elementos estructurativos. El animal es señor del espacio en proporciones ya mayores. En el hombre encontramos el grado supremo de realización de la autoposesión y de la actividad autónoma que de ella se deriva. El hombre no está sometido a muchas de las condiciones que determinan con absoluta necesidad la vida de la planta y del animal. Según Santo Tomás, las fronteras infranqueables del hombre son las siguientes: las normas supremas del pensamiento y las normas supremas de la actividad. Dentro de estas amplias fronteras se determina a sí mismo conforme con las exigencias de su esencia. Pero por amplio que sea el espacio dentro del cual el hombre puede moverse, está éste sometido a las imposiciones de realidades y valores que no dependen de su voluntad, sino que ejercen sobre

él su dominio. La vida humana consiste en la realización de contenidos y valores. Las dos cosas son elementos esenciales de la vida del hombre; por una parte, tensión de las fuerzas procedente del interior; por otra parte, estructuración del interior mediante la realización del mundo de los valores. En el orden de esta última se encuentra el intercambio con un tú. Donde hay vida humana aparece necesariamente la comunidad viva. La autoposesión, autoafirmación y actividad autónoma alcanzan en el hombre un grado supremo, el más alto entre todos los que pueden escalar las criaturas corporales. Más allá de los fronteras que limitan la vida humana se halla la vida ilimitada. Dios es con respecto al mundo el ser totalmente distinto, por decirlo así. Por eso la vida no es el grado más alto posible de la vida humana. Está más allá de todas las realidades de las cuales decimos que viven. El misterio de que va rodeada siempre la vida se presenta en Dios bajo una forma de suprema intensidad. No obstante, las experiencias obtenidas en la esfera de lo terreno nos permiten formarnos una idea análoga de la vida divina. Dios no está sometido a norma alguna. Se posee a sí mismo con absoluta independencia e intimidad. Por eso, todas sus actividades se derivan del interior. Nada ni nadie puede obligarle o seducirle a ejercer una actividad. También viene de dentro el contenido en que se confirma su fuerza vital. Dios mismo es su contenido vital. Dios es su propia vida. Esta vida no es ni débil, ni floja, ni impotente. Es una vida intensa y desbordante, fecundamente activa, una vida extremadamente consciente, despierta y bienaventurada. La vida de Dios no brota de un fondo oscuro y material. La vida divina se realiza divinamente, es decir, bajo la forma de conocimiento y voluntad. Que la vida espiritual divina no es un estado de desanimación y languidez lo pone de manifiesto el hecho de la Trinidad. Esta demuestra que el conocer y la voluntad de Dios son realidades vitales, de fuerza imponente y grandiosa, de fecundidad desbordante.»

4. La vitalidad y fecundidad del espíritu divino, cuya fuerza vital es superior de modo infinito a todo lo creado, demuestra que el espíritu no es el enemigo de la vida, sino su manifestación suprema y su más firme seguridad. Se equivoca la filosofía de la vida (Nietzsche: «La vida es más sabia que el espíritu»; Bergson, Scheler, Klages, Prinzhorn, Strich, etc.), al afirmar que el espíritu es el enemigo radical de la vida. Según esa filosofía, la vida será lo joven, original, fuerte y enérgico, lo creador y sano, mientras que el espíritu será una realidad lánguida, paralizante, envejecida. Estos reproches dirigidos contra el espíritu pueden ser considerados como acertados si con la palabra espíritu se designa el entendimiento que se ha separado de la totalidad humana, y que tiende a describir y a expresar el ser total, incluso el ser del hombre, mediante fórmulas matemático-metafísicas. Pero el espíritu entendido en este sentido no es más que una ridícula caricatura del verdadero espíritu. Este no se separa de la totalidad humana,

la cual comprende también el cuerpo, el ánimo y la voluntad. Es justamente lo contrario. La hostilidad contra el espíritu destruye no sólo la vida de éste, sino toda forma de vida. Cuando el espíritu deja de dominar, aparecen las fuerzas oscuras y pululantes, cuyo punto de culminación son «la bacanal, el éxtasis diabólico, las fiestas orgiásticas de Dionisio e Istar, el erotismo sensual, la fuerza sin la luz del pensamiento, el desorden, el sanatismo, el caos final» (Engert, *Der Gottesgedanke im modernen Denken*, 1932).

5. La vida de Dios es una vida de luminosísima claridad, de intensa intimidad,; es luz, fuego y fuerza (Büchner, *Vom Adel des Menschengestes*, 1936). La vida divina está caracterizada por la estructura del ser divino arriba descrita. Es, pues, una vida simple, infinita, inmutable, perfecta y bienaventurada. Dios no sólo tiene vida, sino que es vida subsistente, la vida en persona, la vida considerada como Yo personal. Más aún: Dios es vida bajo la forma de Yo trinitario, bajo la forma de Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Dios vivo es un Dios trino y uno. Su vida es realización vital trinitaria (R. Guardini, *Lebendiger Geist*, en *Unterscheidung des christlichen*, 1935, 151-176).

San Agustín describe la vida divina con los siguientes trazos (*De Trinitate*, lib. 15, cap. 5; BKV, XII, 259 y sigs.): «Lo que en Dios llamamos vida es su esencia y naturaleza. Dios no es vivo mediante una vida. No se parece a la vida del árbol, el cual no tiene ni razón ni sentidos. Tampoco se parece a la vida del animal. La vida de los animales tiene cinco sentidos, pero carece de razón. La vida que es Dios lo percibe y lo ve todo... Expresamos un solo e idéntico estado de cosas cuando decimos de Dios que es eterno, o inmortal, o incorruptible, o inmutable. De igual modo se quiere decir lo mismo cuando se afirma que es vivo o cognoscente, lo que significa, sin duda alguna, sabio. No ha adquirido la sabiduría misma. De la vida se dice también que es fuerza, poder, o hermosura.»

6. En cuanto que Dios es el fundamento y sostén de todas las otras formas de vida, debe ser considerado como vida primordial y como vida universal. He aquí lo que dice San Agustín (*Confesiones*, 4, 6): «El alma es la vida de los cuerpos; y más noble y más real que los cuerpos es la vida de los cuerpos. Pero más que el alma eres tú. Tú eres la vida de las almas: la vida de la vida. Vives en ti mismo y no cambias, Tú, vida de mi alma.»

La vida de Dios es un solo acto de suprema interioridad, plenitud, fuerza y fecundidad. Para comprender la riqueza de su contenido tenemos que considerarle desde distintos ángulos. Siendo

la vida de Dios una vida puramente espiritual, puede ser considerada como vida de conocimiento y de voluntad, conforme a las dos formas fundamentales de la vida espiritual humana. Al proceder de esta manera tenemos que guardarnos mucho de creer que en Dios el conocimiento y la voluntad o el amor marchan paralelamente por caminos distintos. Son un solo acto, subsistente y existente, considerado por nosotros una vez desde el punto de vista del conocimiento y otra vez desde el punto de vista del amor y la voluntad.